

ESTHER SELIGSON

Selección y nota introductoria de
JUAN GALVÁN PAULIN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2009

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	3
EURÍDICE	7
LA MORADA EN EL TIEMPO (FRAGMENTO)	12

NOTA INTRODUCTORIA

I

Conciencia luminosa e intuición incandescente, Esther Seligson, con la rueda de un Eros oracular que recorre los sitios donde lo antinómico se diluye frente al asombro, provocado éste por un mar que se verbaliza y el tiempo habitado por exilios, trenza la vida con lo literario para que, en una poética urdimbre, la prosa adquiera su condición de oleaje abrasado en la memoria, de arrecife donde encallan los deseos y el Ser se reconoce: “*Una imagen, persigo una imagen cuyo nombre no encuentro, persigo un nombre cuyas letras no conozco (...) y necesito hablar contigo Ulises (...) para saber si este tiempo que me invento es un tiempo real...*” (Sed de mar, p. 11).

II

Dos son los aspectos fundamentales de la obra de Esther Seligson, los cuales pueden identificarse a lo largo de su producción literaria; aspectos que me atrevo a señalar como el sustento de su poética particular y que, asimismo, influyen en su tarea crítica: uno de ellos, al que considero el punto de partida, es *la condena y la soledad de Eurídice*; el otro es *la Diáspora*, a la que concibo, desde mi muy arbitraria interpretación de *La morada en el tiempo*, como una forma de acceder a la aprehensión y conocimiento del Ser inmerso en el desamparo en que lo colocan la realidad y la causalidad histórica, es decir, el destino.

III

Más que una imagen recurrente, Eurídice es el motivo del cual parte y al cual arriba la literatura de Seligson: la mujer (el hombre) que aguarda eternamente la

llegada del amante, pero quien, al contrario de Penélope, tiene la esperanza cancelada pues, convertida en estatua de sal (lo que considero no alegoría de lo estático sino de lo que permanece siempre al acecho), bien a causa de una infracción, bien por un exceso de aprensión de quien teme no ser acompañado o quedar solo para siempre, lo único que puede intentar (a eso se le condena) es contemplar el paso del tiempo consciente de su soledad sin cura, y asumir el estado de memorante como penitencia a su condición de individuo doblemente traicionado por la fatalidad y el destino. Esto lo vemos claramente en la novela *Otros son los sueños*:

Si permanecía en lo blanco vendrían a buscarla. Había que huir (...) esperaba que alguien viniera a encontrarla y a llamarla por su nombre para poder repetírselo a sí misma de ahora en adelante y hasta siempre. Perdida en la fascinación de unas sombras milenarias que agrandaban (...) el hueco de su cuerpo (...) y el ansia de escapar, miró hacia atrás y se convirtió en estatua de sal (p. 32);

sin embargo, en el relato “Eurídice”, que aquí presentamos, esta condición, así como el mito mismo son objeto de una reelaboración y de una recreación para situarnos frente a Eurídice no estatua de sal sino transeúnte anónima, cuya conciencia de sí es dolorosa y cuya soledad le abrasa como el fuego de un viento de langostas.

IV

Puede creerse que *La morada en el tiempo*, de Esther Seligson, es una sutil paráfrasis de algunos pasajes bíblicos (por otro lado ¿qué obra literaria no es una alegoría de la historia humana?), cuando en realidad esta novela extraordinaria devela y revela la noción del exilio, la expulsión, en dos de sus formas más patéticas e ineludibles: 1) la Diáspora, que condenó al pueblo judío a la dispersión y al vilipendio, pero que también le otorgó la gracia de poseer lo reticular de su memoria

y la habitual presencia de lo místico en cada uno de sus actos:

Hoy es necesario volver (...) más allá de toda memoria personal, volver hasta el dolor de los hornos crematorios, de las piras heréticas, hasta el anatema de la cruz y el éxodo primero, recorrer el desierto (...) arrastrar esa nuestra verdadera soledad por las arenas y las zarzas sin preguntar quiénes somos o hacia dónde vamos (...) cantando al caer la tarde alrededor de la columna de humo y fuego (Otros son los sueños, pp. 36-37).

y; 2) lo que denomino *la diáspora interior* que, originada por “un oscuro desarraigo atávico”, es la dolorosa fragmentación del hombre en el peregrinaje hacia el centro de su laberinto.

Ambas formas de éxodo son asumidas, en *La morada...*, como una búsqueda no tanto de la tierra de la recompensa como de la verdad irradiada durante *la contemplación del rostro de Dios* (que es el nuestro, nuestra más profunda imagen sumergida en el silencio) y *la pronunciación de su nombre* a través de la elipsis, a través de la creación literaria. Y es en el *Tiempo* donde el exiliado obtiene su lugar y se manifiesta. Ningún continente o ínsula le da hospedaje; para el pueblo y el hombre de la diáspora sólo el tiempo le da cobijo (ese *Tiempo* aprehendido a través de la palabra, conocido a través del fulgor poético) y éste, en *La morada...*, no es lineal o estático, es perenne, estático y tortuoso. En *La morada...* el tiempo es una galería o un sendero polvoriento, o una calle donde “el ciudadano” es arrollado por su propia e insignificante estatura; *La morada...* es un camino, en sus acepciones mística y de lugar transitable, en el que el hombre, el lector, al encontrar su legítimo espejo por fin se refleja y por fin *es*, aunque este *ser* se evidencie sólo por la muerte, y el existir se reconozca en su ausencia.

La morada en el tiempo es un libro escrito con sensualidad. Su erotismo, agazapado en la elipsis, es aquel que al convertir a la razón y a la realidad en incondicionales vasallos de lo poético, nos permite atisbar en nuestro propio exilio.

V

El relato “Euridice” y el fragmento de *La morada en el tiempo* que aquí reproducimos, forman parte de la extensa bibliografía de Esther Seligson que incluye, además de su obra de creación, un importante trabajo crítico. Esther Seligson nació el 25 de octubre de 1941 en el D.F. Su primer libro, *Tras la ventana un árbol*, fue publicado en 1969; le siguen, en orden de edición: *Otros son los sueños*, premio Xavier Villaurrutia 1973; *Vigilia del cuerpo*, 1977; *De sueños, presagios y otras voces*, 1978; *Luz de dos*, 1978, premio Magda Donato; *Diálogos con el cuerpo*, 1981; *La morada en el tiempo*, 1981; *Sed de mar*, 1987; *Indicios y quimeras*, 1988. Ha traducido al español la obra de E. M. Cioran: *Contra la historia*; *Historia y utopía*; *La caída en el tiempo*; *Del inconveniente de haber nacido*. En 1989 apareció su libro de ensayos *La fugacidad como método de escritura*.

JUAN GALVÁN PAULIN

EURÍDICE*

La respuesta no tiene memoria. Sólo la pregunta recuerda.

Edmond Jabés

Ahí estás en el muelle con tu maleta en la mano. Acabas de dejar el hotel. La separación. Una más. Es la imagen. Tú, de pie, acodada a la baranda de piedra contemplando el río grisáceo, turbio como el fluir opaco de tus pensamientos. El cuándo no importa. La ciudad, sí. Ciudad-resumen. Ahí donde el caos se te ordena orden de vacíos, de alejamientos, de ausencias. Pero también de presencias, de calles caminadas en el abrazo compartido, transitadas y vueltas a descubrir, inéditas siempre en los ojos del acompañante y en la propia pupila. Una ciudad eje. Un mundo isla. El centro del mundo aguas abajo rumbo al mar. Aunque para llegar a alcanzarlo se haya de bogar por lugares donde no está, donde apenas un sopor salado se adhiere al paisaje, llora en los sauces. Y el amor, a la inversa, tierra adentro, en el tren. Los instantes se repiten y tu memoria tropieza. De entre los fragmentos no recadas nada. Balbuceas, sin articular nombre alguno. Callejuelas y puentes. Las aguas siempre a tus pies y tú jalando un sueño, ensoñando un absoluto leído en libros, total, desmesurado, como el mar, palpable en su quemadura de sal sobre los labios. ¿Qué esperas? Deja la maleta, abandónala ahí, en ese mismo puente. Ni siquiera te molestes en arrojarla por la borda. Simplemente déjala, abandónala. Y séparate de ese embeleso de aguas y reflejos. Hubo otros ríos, lo sé. Más anchos, más claros. Otras orillas. Distintas soledades. Pero siempre el mismo equipaje, la misma nostalgia viscosa, ríspida. Desengáñate. Nadie te limpiará las calles, ni los ojos, para que puedas caminarlas, libre por los asfaltos mojados de lluvia. En los charcos de luz seguirás deambulando, nocturna, quebrada, con la zozobra entre los dedos vacíos, o con la dulce presión de

* Del libro *Indicios y quimeras*, UAM, México, 1988.

otra mano de dedos vacíos, o con la dulce presión de otra mano en la mano. ¿Cuál? ¿Quién? Lo sabes. La reconoces. Igual como no te olvidas de la presencia augusta: tu equipaje, tu único y fiel amante. Inútil que quieras reacomodar los tiempos. Todos se equivalen en su intensidad, en su plenitud vivida. Poco importan los detalles, su minucioso dibujo de filigrana y arabescos. El tiempo mismo se encargará de emparejar relieves y realces, de añublar brillos y lucientes. Reconcíliate. No lo ignoras: las cosas vienen de más lejos, de más atrás. Muchos fueron los crepúsculos. El alba no es una solamente. Su toqueteo de verano temprano sobre los tejados, su rozar de puntillas las plazuelas ya despiertas. Los pregones. Los insomnios de amor callejoneando. La rosa que amanece sobre la mesita de noche a su eternidad de un solo día. No hay adiós. Silencio sí, sin duda. Pero el silencio, escribió el poeta, es mucho más que el lugar donde terminan los sonidos. Es el origen. La promesa. Escúchalo y calla tú también. Serena el ir y venir de tus recuerdos, andanzas de loco. Con tu gorro puntiagudo, la capa raída y tu zurrón a cuestas. Abandónalo. No faltará quien te dé cobijo y un pan, ni quien te acerque un cuenco para saciar la sed. Trotacaminos. La locura es lo contrario de la prudencia. A medio vestir, armado con una clava, caminando entre las piedras y comiendo un pedazo de queso añejo: así es la figura que en rosetones y dinteles, y en consejas y farsas, representa al loco, aquel que ha perdido el recato. Las evidencias son siempre falsas, equívocas. Nada nos garantiza que al tender las manos no encontraremos cristales, espejos o velos de por medio. ¿Puede uno protegerse de la vida cuando todo la proclama a gritos? Miedo al dolor, al sostenido dolor de vivir. ¿Y el puro gozo de lo posible, de solamente lo posible? Deposítala ahí, en cualquier rincón del largo muelle, a un lado de los cajones de basura, desbordantes siempre, nunca con la suficiente capacidad para contener tanto objeto y desperdicio abandonados. Tu maleta será uno más entre miles. No tenses los músculos del cuello, ni pongas rígida la espalda. No eres un mendigo para aferrarte de esa manera. Y

aunque lo fueras. La Isla Maravillosa, se dice que dicen los que supieron de estos hechos, sólo se posa bajo aquellos que nada tienen o esperan. Ni siquiera es necesario desear su venida: llega. Y es su olor a verde jengibre lo que la delata. Cruzas un puente y otro puente. De un lado el cementerio, del otro la ciudad. Pero el vuelo de las mismas campanas envuelve a las dos orillas por igual. Es necesario que pierdas tu propio umbral. Para que encuentres los linderos de la ciudad. Para que ella se abra a ti es menester olvidar el plano que con tal minucia consultas, poner de lado los mapas y dejarse llevar, ondular con las costanillas, resbalar por las aceras, adentrarse en el olor de algún guiso, rebotar tras las pelotas de los niños y perseguir la carrera de los gatos. *Sena abajo, en la punta de la isla de la Cité, hay un islote conocido antiguamente por "Isla de las Cabras". Se llamó después "Isla de los Judíos", a raíz de las ejecuciones de judíos parisien-ses ahí efectuadas. Unido a otro islote vecino, y a la Cité misma, para construir el Puente Nuevo, forma hoy el jardín del "Vert-Galant". ¿Para qué tirar monedas al agua? Regresarás. Ahí quedaron enredados tus pasos. Ahí nació el hijo, una tarde dorada de primavera, el día en que fueron creados los peces y los pájaros, un jueves, "por eso será misericordioso, dijo el Rabí, mientras que tú morirás en sábado, pues por ti hubo de profanarse el día santo". Santos los lugares que hollaron tus plantas en compañía del Amado, santas por tanto todas las ciudades. Y sus parques. ¿Para qué entonces los augurios? Las postales. Las cartas. Despréndete. Deja tu país, tu lugar de origen, tu casa paterna. Los suburbios donde creyeron arraigar tus antepasados, guetos, aljamas. La ciudad preferida, la que tiene su río afuera, la Villa del Oso y del Madroño, la de los cielos puros y azulidad incomparable. Tal vez ahí te fuese más sencillo y, en el trayecto del tren, en cualquier estación, dejar el equipaje, olvidarlo, así, al azar, y descender ligera por la meseta hasta los montes, y en el Tajo templar el alma como lo hicieran con su espada antaño los guerreros. Peregrino, cayado en mano y concha en el sombrero, ¿no recuerdas acaso*

cuántas sendas has transitado ya? ¿Por qué hoy te detienes así, tan absorta en el reflejo de esas aguas eternamente pasajeras? La ciudad de tu nacencia fue lugar de canales y de sangres. Y también ahí hubiste de abandonar los fardeles, y tu nombre, para empuñar otro rostro. El rostro del hereje, las carnes chamuscadas. ¡Ay de las ciudades que ardieron en la Cruz! *Amonestada que diga la verdad, se le mandó dar y dio segunda vuelta de cordel. Y dio de gritos que la dejen, que la matan... no pudo resistir más tiempo, y allí, en medio del tormento, comenzó una larga declaración, denunciando a todas las personas de su familia y a un gran número de personas, hombres y mujeres, observantes de la Ley de Moisés.* La sangre de los puros, los Perfectos: “quien os desposea bien hará; quien os hiera de muerte, bendito será”. Montségur. Tampoco ahí detengas tu mirada, trovador en tierra yerma, álzala hacia la estrella más brillante del boyero celeste y úncela a tus ojos. No hay otra guía. ¡Qué largos y tortuosos los caminos! ¡Qué lenta la marcha! Por eso déjalo, abandónalo en alguna gruta, tu equipaje de exiliado, incansable buscador de absolutos. No es posible mirar a la luz de frente. Hierde. Su límite es tu propia sombra. No la ofusques. Permítele tachonar de primavera a las glicinas y, como ellas, sé fugaz. Si algo ha de retornar será también precedero. Incluso la imagen de ti misma acodada así sobre el antepecho de la ventana del hotel, minutos antes de salir, minutos antes de que el Amado apresara con su cámara fotográfica eso que ambos miraban: los techos de la ciudad bajo el cielo plumizo del otoño. Pero él se fue, se fue la mañana y te fuiste tú. Aunque permanezcan las fotos. Hojas del otoño. Hojas de papel volando. Despréndete. Ahí se pierde el camino. Los peldaños se interrumpen. La escala de Jacob se trunca. La lluvia sueña, sobre los reflejos del pavimento, que moja a otras aceras, que se pierde en otras aguas, azul y verde, de algún lago, que se detiene entre los cabellos de los que se inclinan por sobre la baranda del puente para sorprender el chisguete que provocan las monedas al caer. Sueña tú con ella, tan lejos como quieras, la lluvia,

y déjate flotar con el barquito que botaron tus hijos en el estanque. No hay más. Nada más allá de ese instante, del impulso de ese fuego que surge de las profundidades de la tierra e ilumina y embellece al mediodía. No develarás su secreto. Por mucho que aguces la mirada y el oído, el olfato inclusive. La vida es incansable, refringible. Entrégale tu maleta. Tus enigmas y jeroglíficos. La apretada urdimbre de tus dudas. El nombre de las calles que te surcan el rostro, las puertas de las ciudades que te traspasan el cuerpo. Tus fuegos de artificio. Como las ráfagas de viento que peinan a las arenas del desierto, así déjate quitar el polvo y el musgo que te cubren, el cardenillo que tiñe tu memoria. Agua regia, que te bañe, que te desnude. Y no saques ningún vestido de tus alforjas: bótalas. Están apollilladas. ¿Acaso no se te advirtió que únicamente recogieras al tenor de tu apetito cotidiano? ¿Que no almacenaras de ello para el día siguiente? De esa “cosa delgada a modo de escamas, delgada como la escarcha sobre la tierra”. Pues el exceso se agusanaba, hediondo. El *man-hu*, el pan que tomaste de sobre las arenas a la caída del rocío y que se derretía cuando calentaba el sol. Nada hay que guardar ni que rescatar. En vano fatigas tus brazos, maleta arriba, maleta abajo. Los andenes están atestados. El tren se tarda. No lo perderás. En esa cafetería anodina donde aguardas, cálida sin embargo, entre los ruidos del dominó sobre las mesas de lámina, los murmullos confusos de los parroquianos desvelados, el tilín de platos y botellas y la estridencia de una rocola destemplada, se diría que no tienes destino, que eres anónima, sin historia. Y, de hecho, así es. No traes contigo las llaves de ninguna casa, ni tarjetas de identidad. Pero no te encuentras perdida. Es sólo que ignoras el rumbo. Estás en tránsito. En un cruce de vías. El tren se acerca. Es hora de abordarlo. Apaga el cigarrillo. Liquidada el café y el pan que has consumido. Deposita la propina junto al cenicero. Suelta la maleta que tienes apretada entre las piernas bajo la mesa. No la tomes. Levántate. Despacio. El tren ha llegado.

LA MORADA EN EL TIEMPO
(FRAGMENTO)

Camina el ciudadano, inquieto, sudoroso. El calor ha vaciado las calles. Las casas se sofocan tras de persianas que no logran rechazar la pesadez canicular y dejan salir, en cambio, las transpiraciones. En los patios, los arrayanes, las parras y los helechos se inclinan sedientos sobre las flores ahítas. Los perros lamen inútilmente las tomas de agua. Al entrar en la plaza el ciudadano se detiene, azorado: no reconoce esos edificios de madera a punto de derrumbarse, recortados casi unos sobre otros, sin ventanas ni portales, Una luz, como una nube de arena, baña, en el centro, una tarima donde cuelgan tres cuerpos de animal partidos por la mitad y desollados, igual que en una carnicería. “Te equivocas, le dice el mendigo, son hombres. Busca lino para amortajarlos”.

—Son los espías

—No, los falsos profetas

—Los conspiradores del tabernáculo

—Los van a quemar vivos...

—...por herejes y blasfemos...

Y ahí donde no había nadie, una multitud se apiña ahora tratando a empujones de obtener el mejor lugar para observar y comentar el espectáculo. Abriéndose paso también con los codos y los puños, el ciudadano intenta llegar hasta su almacén para buscar el lino. Todo es desorden, las cajas en el suelo, los paños revueltos, las vitrinas quebradas. Una mujer, sobre el mostrador, modela frente a un espejo roto. Desnuda, una gasa de colores vivos ciñe su cuerpo desde los senos hasta la cadera. La tomó en sus brazos, la tumbó sobre los cartones y las telas y hundió la cabeza de ella entre sus piernas. Como la joven se debatía, le arrancó la redecilla que apretaba sus cabellos y la aprisionó con una mano por la trenza, mientras con la otra se despojaba del pantalón. Cuando la boca de ella se hubo por fin detenido en su sexo, la multitud se precipitó sobre ellos con piedras y palos.

- ¿Qué has visto?
—Un hombre anciano viene cubierto por un manto y la orla de su capa está desgarrada
—¿Qué ves?
—Carros en el valle, puertas en el polvo, cadenas y mazmorras
—Mira bien y dime, ¿qué se ve?
—Cuchillo para matar y perros para destazar, aves del cielo y bestias de la tierra para devorar y disipar
—Pon atención y responde, ¿qué has visto?
—El silencio de los sitiadores sobre la ciudad

La noche se derrama aún sobre el amanecer. Nada se mueve, ni un soplo de aire perturba ese instante perfecto en que la sombra va a ir dejando paso a la luz, a la diaria lucha por sobrevivir. “¿De qué están hechos nuestros sueños?”, se pregunta el ciudadano inmóvil en la cama, nebuloso, pero tan cerca de sí mismo como no lo ha estado nunca, envuelto desde dentro hacia afuera en espirales cada vez más cerradas e infinitas. Su cuerpo adquiere el tamaño de una oliva que resbala y cae, con un ruido sordo, en unas aguas subterráneas que golpean las paredes de cavernas ensanchándose hacia adentro y más abajo, sin fin. Y el grito surge, rompiendo uno a uno los lechos acuosos, las capas de tierra, hasta alcanzar la piedra que soporta a los abismos, el fundamento de la vida. En el principio fue puesto el orden en la confusión de los cielos y el tiempo en el corazón del hombre. Y la tierra fue el lugar del mundo y la palabra vino a habitarla. Y fue amasado el hombre con la arcilla que estaba encima de la piedra y fue plantado un árbol que contenía todo y todo salía de él. Ya su sombra según su deseo se sentó y el campo se extendía alrededor y las preguntas y las cosas estaban aún escondidas. Entonces se levantó el hombre y empezó a indagar. Hacia el mediodía, junto al manantial, encontró a una mujer peinando sus cabellos con un peine de madera. Estaba sentada en un tronco caído y sus pies se sumergían en el hueco de una gran vasija rota. Tenía ojos verdes, rasgados, fulgurantes. Detrás de ella el terreno descendía suavemente hasta un plantío de girasoles en flor, altos, salvajes.

Más allá, hacia la derecha, la línea plúmbea del desierto. Un sayal azafránalo cubría por entero a la mujer, y caía en pliegues a los lados de sus piernas. No interrumpió el ir y venir de su mano cuando el hombre se aproximó y se detuvo a contemplarla. Sobre el tronco los collares, zarcillos y brazaletes, formaban un montículo luminoso de cuentas azules y rojas. Y permaneció en el sitio cuarenta y nueve días, al término de los cuales el hombre decidió continuar su camino. Ella le entregó un pájaro que debería echar a volar cuando él quisiera encontrarla de nuevo, y antes de que despuntara otro amanecer, tomó rumbo a las ciudades.

—Ayúdame a arar los campos, a tu regreso los frutos te pertenecerán.

Y el hombre y el viejo removieron los surcos y aventaron la semilla con gestos amplios y brazo fuerte hasta la caída de la noche. El anciano le dio un sello —“para reconocerte en las épocas de la siega”—. Desde el valle alcanzó a ver los muros de la ciudad resplandeciendo como cobre bruñido por los rayos del atardecer, y una ola de golondrinas sobrevolaba las más altas torres bajo la cúpula púrpura del cielo. Al llamado del cuerno se fue acercando al Pórtico de Occidente cubierto ya por las sombras. Y habían entrado las últimas caravanas de camelleros, los peregrinos, los mendigos y los leprosos. Él durmió fuera, a campo raso, sobre una piedra donde apoyó la cabeza. Y en medio de la oscuridad vino una como semejanza de humano y luchó con él hasta rayar el sol. Al romper el alba entró en la ciudad. Con sus ropas desgarradas y sus sucios cabellos fue tomado por un pordiosero más y nadie le preguntó ni de dónde venía ni quién era. Fatigado y hambriento, se encaminó tras los pobres que iban por su ración de caridad al gran atrio exterior del palacio encerrado entre columnas labradas en marfil desde el cimientado hasta los remates. Y el rey estaba en el palacio y sus súbditos estaban, parte en los jardines, parte fuera. De los que estaban dentro, unos daban la espalda a la morada del soberano y se dirigían hacia otro lado; otros, miraban la morada y se dirigían a ella queriendo entrar y presentarse al rey pero sin haber

percibido aún el muro del palacio. Los que ya llegaban, unos dando vueltas, buscaban la entrada; otros, ya habían entrado y se paseaban por los vestíbulos; otros, en fin, habían llegado hasta el patio interior y hasta donde el rey se encontraba, es decir, hasta la morada del soberano. Estos últimos, aunque dentro de la morada, no podían ni verlo ni hablar con él, sino que, después de haber penetrado en el interior, todavía tenían que pasar por otros requisitos indispensables, y sólo entonces podían presentarse ante el soberano, verlo de lejos o de cerca, escuchar su palabra o hablarle. A todas horas, de día y de noche, los súbditos circulaban y se movían en los jardines y en los vestíbulos, afanándose por entrar, o rondando por los exteriores, entre las columnas del atrio, e incluso más allá, en el laberinto de las callejuelas donde los que nunca se han acercado hablan de las numerosas habitaciones y maravillas del palacio, de sus estanques donde flotan botones de rosa y azucena, de los surtidores que vierten perlas, de los aljibes que murmuran palabras y cantos y de los huertos siempre enflorados y en aroma. Y el hombre penetró hasta el salón del trono, mas como era extranjero —“¿quién soy yo para que pregunte, tardo en el habla y torpe de lengua?”— tuvo miedo y se alejó. Entonces la mano fue sobre él, lo tomó por los aires y lo depositó en el medio de un campo lleno de huesos secos que clamaban. Y aconteció que en mitad de la noche hubo densa tiniebla y el Ángel no vino a poner señal, a hacer diferencia entre el justo y el malvado, y así, el viento solano de las alturas del desierto barrió con todos por igual. “¿Habré equivocado mi vida?”, se pregunta el ciudadano despierto a las voces que le sacuden el pecho, a los crujidos que le arañan. “¿Cuándo pasé al lado de la dicha y no lo supe? ¿Cómo consolarme de lo que he perdido y no conocí? Tuve ojos para mirar y oídos para escuchar, y, no obstante, crucé como un fantasma, como un crótalo ensordecido por su propio golpeteo.” Sin embargo, ¿acaso la sabiduría hubiera impedido su vejez, llegar a ese punto de la existencia en el que lo hecho ya forma parte del olvido y lo por hacer es sólo aguardar el fin? ¿Cómo,

qué iba a defenderlo de esa derrota? ¿Quién? ¿Por qué guardaba tanto rencor? ¿De dónde le venía?

*Tristura y grant cuydado
son conmigo toda vía
pues plazer y alegría
así mi an desamparado*

*La niña que amores ha
sola, ¿cómo dormirá?*

Camina Jacob. Lleva por único patrimonio la piedra donde descansó su cabeza la noche anterior. Se dirige hacia una tierra que desconoce, siempre lejana, prometida en un sueño, visión de lo inasible, hasta alcanzar un punto donde retorno signifique aún ir hacia adelante. Bajo la bóveda nocturna aprende el diálogo de las estrellas, escucha el ininterrumpido ir y venir de los mundos y palpa, en esa trama, el lugar que él mismo ocupa. Hijo del hijo de un arameo errante, la imagen concreta de esa tierra de promisión va a fundirse en su sangre con el vasto rumor del infinito. Ése será también el legado que reciban sus hijos vagabundos en país extranjero. Imposible separar la piedra de las raíces que el árbol ha echado sobre ella; y la piedra, dicen, era la misma donde Isaac fue amarrado, la misma donde se apoyaba la escala, la misma que rodó y puso un límite a los abismos formando el pedestal del firmamento, la misma donde se levantó la ciudad, la del umbral en el desierto. Una caravana se mueve en el valle y atraviesa las llanuras. No son mercaderes, ni trafican ni truecan. A la cabeza viene danzando el mensajero de la Voz: lira, tamborín, cítara y flauta acompañan su canto: “Trazad en el desierto una ruta, preparad en la estepa un camino, elévense los precipicios e inclínense las montañas”. Son los hijos del cautiverio, la estirpe de Jacob que retorna del exilio. Anémonas, caléndulas, anagalias, ciclámenes, cubren el campo; camomila, verbena y comino perfuman el aire; sauces, olmos, higueras y perales silvestres ofrecen su sombra y su fruto. Son los que reconstruirán y repoblarán las ciudades, los que desecarán el pantano

y tornarán fértil la arena, los que sembrarán el trigo y la cebada, la berenjena y el pimiento. Es el habla incansable del mensajero la que levanta la muralla y reedifica el templo, la que anima y exhorta, la que arenga a los sabotadores, los detractores, los tibios. Y relata el cronista que “se hizo acompañar de algunos soldados que le servían de guardaespaldas, no tanto por miedo a que lo asesinaran sino porque sabía que su ausencia acabaría con el valor y el coraje de sus conciudadanos. Ordenó a los albañiles y carpinteros que tuvieran la espada y el escudo siempre a su lado y dispuso en cada tramo de quinientos pasos trompetas para que sonaran la alarma en caso de peligro. El mismo hacía ronda durante toda la noche alrededor de las puertas y las torres para animar el avance del trabajo, y no bebía ni comía ni dormía sino apenas lo necesario. Y así hizo durante el tiempo que tardaron en restaurar los muros de la ciudad. Venido el séptimo mes, ordenó al pueblo que se purificara y se juntara para una nueva consagración como si apenas le fuera a ser entregado el mandamiento. Mandó elevar un pulpito de madera en la plaza que está delante de la Puerta de las Aguas y leyó en el Libro desde el alba hasta el mediodía ante la congregación atenta como un solo hombre. Y todo el pueblo se fue a comer y a beber y a gozar de grande alegría porque habían entendido las palabras que le habían enseñado”. Noche tras noche, año tras año, siglo tras siglo, inclinados sobre las consonantes, las vocales y los puntos con la paciencia del artífice. Palabra muda para el que no puede oír, ciega para el que no sabe comprender, espacio que habita cada hombre a su medida. Y el Príncipe del Rostro, Metatrón el escriba divino, anotó la primera desgarradura, la dualidad primordial en el orden del mundo: diez esferas suspendidas, cinco frente a cinco, unidas sin confusión, distintas sin separación, y en el centro la vara de luz, el tirso de las germinaciones, la copa de las centellas. Y los siete cielos pronunciaron cada uno su vocal, y se eslabonaron los centros, los puntos y las rectas, lo oscuro *u* y lo luminoso *a*, lo cúbico precedero, lo triangular ascendente. Y se empezó a escuchar el ritmo del

trasiego del Tiempo, su murmullo de hontanares cayendo de un ánfora a otra, veneros subterráneos, azancas íntimamente ocultas, fluirees que de pronto toman luz y la vierten en silenciosos canales hacia los días y los años y los siglos, senderos gredosos por recorrer, reverberaciones de la eternidad. Una brecha abierta entre las aguas. En aquellos tiempos el mundo se encontraba poblado de dioses, y los misterios no estaban disociados del hombre, así, los pájaros le hablaban con el lenguaje de los hechos futuros y sus relaciones con el cielo y la tierra, el pedernal y el fuego, los espíritus puros y los cuerpos participaban de la misma armonía, de la misma luz de primer día. Y la duración se arrellanó en los intersticios de cada uno de sus pasos, de sus acciones, de sus palabras. Y en el interior de las llamas giraba un torbellino de fuego y desde el centro del torbellino salía la Voz y una a una las letras iban nombrando, sembrando en los labios del hombre el lenguaje con que habría de hablarle a su Creador, a sus semejantes, a las cosas en derredor.

En un lugar rocalloso, sitio de sepulturas, alguien se interroga: “Oh, ¡quién me diera uno que me oyese!” Recortada contra el horizonte que comienza a verdear, la silueta del hombre con los brazos en alto se yergue increpando a los cielos que se abren y dejan ver a los Titanes con sus aprestos de guerra. Línea magenta, púrpura y plomo cortan el espacio de este a oeste como si fueran una prolongación de las lanzas de los guerreros y de sus escudos. La batalla de principio y las envolturas del abismo proyectan su faz de sombras. Los rayos surcan de norte a sur el umbral de los límites, una torre bandea en el aire volando a ciegas entre las cuatro partes del cielo y el centro de la tierra, y Azrael, el Ángel oscuro de las puertas, nacido del pensamiento de la duda, como una estrella encadenada cae. “Llámame y yo te responderé, o si no, permite que yo hable y respóndeme Tú.” El hombre se inclina hasta tocar el suelo con los labios, se meseta los cabellos y rasga sus vestidos, pero en el sollozo que deja escapar no hay humildad sino rabia, una violencia, una protesta impotente que golpea al ciudadano en pleno rostro y

estremece sus miembros entumecidos por el miedo y el asombro. De alguna forma sabe que ese llamado le atañe y es parte de una petición oscura que no por desconocida le es ajena. ¿Dónde se pierde lo que se ha perdido y que resurge súbito en un olor callejero, o en el gesto de una mano que se tiende, o, aun, en el pedáneo de alguna escalera que se vislumbra desde el umbral renegrido, descarapelado, hundido a fuerza de pisarlo el tiempo? Una ventana que deja escapar susurros, un visillo que deja entrever una cabeza inclinada, un niño que surge de algún portal corriendo, gritando, ¿por qué le conmueven de esa manera hoy cuando seguramente son hechos que siempre han ocurrido, que han estado ahí ocurriendo? “¿Qué es la vida?”, se pregunta el ciudadano como sorprendido en su desnudez, un desvalimiento súbito que punza. Plaza de los Buzones. Callejón de Jacintos. Olor a cebolla refrita, a pimientos rehogados. —“Raquel, ¿dónde estás?”, llama la madre—. Y surge la niña, menuda, morena, acullillada, mojándose las manos y los pies en un arroyuelo que corre por la orilla de la acera. ¿Qué le quedaba por esperar? Si le dijeran que tenía unos cuantos meses por vivir, ¿qué haría? Y aun si fueran años, ¿por qué se encontraba hastiado? Como árbol en tierra salitrosa: sin sombra ni verdor. Ansiedad que no consigue reposo, anhelos no colmados, eran la única riqueza atesorada en su corazón. Y no obstante, tenía miedo de morir, y la sola idea, de tan amarga, le llenaba de pavor. “¿Qué falsa sombra de mí mismo he venido persiguiendo?” Aún no amanecía cuando entró a la plaza del mercado a la que pronto empezaron a llegar las carretas cargadas de mercadería, de animales, los campesinos con sus grandes cestas de frutas y verduras, de cacharros, los hierberos, los compradores y todos los menesterosos de la ciudad. El cielo estaba nuboso, más que gris, plumizo, y el empedrado parecía relucir como el azogue. En el centro estaba el mendigo tocado con un amplio sombrero negro, sus ropas eran lustrosas, negras también. Llevaba en la mano una soga y a la soga iba atado por el cuello, al igual que un perro, un hombre, alguien que, horrorizado, el ciuda-

dano reconoció como a sí mismo. Intentó gritar, pero de su garganta sólo salió un gruñido que le hizo daño. Quiso acercarse más cuando vio a otro mendigo salir por uno de los portales y caminar hacia el primero. Su sorpresa no tuvo límites al ver que, de idéntica manera, llevaba a alguien atado por el cuello, y que ese otro, un perro, era, nuevamente, él mismo. Retrocedió. Entonces el sitio fue invadido por el clamoreo de las ruedas sobre el adoquinado y de las voces agitadas y roncacas de mercaderes, labriegos, y más pordioseros. Las campanas de la iglesia contigua empezaron a llamar a maitines. En las calles de la judería ya hacía rato que los primeros diez hombres transitaran rumbo al rezo con sus pequeños bolsos bajo el brazo. “Gracias te damos, oh Dios, gracias te damos, pues cercano está tu Nombre; contemos tus maravillas.” Lentamente, bajo las arcadas de antiguas ciudades los ciegos avanzan orientándose hacia las arcadas de las grandes plazas por el rumor del río de la muchedumbre. Penetró en la casa de oración: “He aquí el lugar de la paz y del reposo”, alguien dijo alguna vez. Pero su alma no los encontró. “Tómala, tómala con tus manos a la vida y téjele una corona de novia. Cántale con cantos de violín y que estalle como uvas maduras entre la lengua y el paladar. Déjate consolar, atribulado, déjate subyugar por ese anhelo de dulzuras que te sacude la entraña; abre los brazos y abárcala, onda de mar tibia, que te bese en los labios su regusto de sal ahumada. No te avergüence tu propio deseo de vida, no hurtes el cuerpo a su embate pues más poderoso que la muerte es el amor.” Voces, voces canturrean al ritmo de sus pasos por las callejuelas. La mañana se ha levantado clara y perfumada de anís. En los troncos despojados por el invierno suaves botónenlos verdes asoman, los chorros en las piletas se desperezan y el andar de las mujeres es ágil y alegre. Las gruesas ropas pesan ya y la piel toda pide beber de ese aire azul que gorjea oloroso a primavera. Curtidores, carboneros, sastres, carpinteros y forjadores han comenzado su diaria tarea, no al interior de sus oscuras tienducas, sino fuera, en los umbrales caldeados por el sol tempranero y las sonrisas y

buenos deseos que los pasantes intercambian con ellos, sin prisa, sin apuración, solidarios. El cantarero expone sus vasijas, desde las pequeñas copas hasta las grandes ollas de barro; el pañero pondera la calidad de sus mantos y tapices, orgulloso de sus telas invita a quienquiera guste tocarlos y admirarlos. Dicen que los días que transcurren felices no hacen historia porque las épocas de tranquilo discurrir cotidiano no merecen la pena de ser consignadas. Pero sin duda hubo, entre sacudimiento y sacudimiento, periodos en los que hombres nacían, crecían, se matrimoniaban, procreaban y gozaban en paz de su existencia laboriosa y los bienes obtenidos en justa ganancia. No, el trabajo entonces no era una maldición y el pan regado con sudor prodigaba en el cuerpo su hartura de dádiva bendecida. Los frutos, las hortalizas y la vid se recogían a su tiempo, y la cebada, el trigo y el maíz se segaban con alegría; crisantemos, retama, jaguarzos, ornaban un horizonte limpio de guerras, epidemias y sequías; lagares y molinos harineros laboraban más allá de sus capacidades; traficantes y faranduleros subían y bajaban por los caminos sin temor a los salteadores y rufianes. Almizcle, áloe, algalia, alcanfor, canela, jengibre, clavo, pimienta, llegan a los mercados sin obstáculo, sábanas de Holanda y encajes de Bruselas, lino de Egipto y púrpura de Tiro, prendas para engalanar y untaduras para embellecer circulan en abundancia. Se solazan los enamorados bajo los sauces bondadosos, a orillas del río y bajo los puentes. El aire es tan cálido, la hierba tan tierna, “¿por qué habría de venirnos ningún mal?”, se dicen, “si por ventura los cielos estuvieran mudos, la tierra, en cambio, canta y ofrece sus flores y sus dones; y por este momento privilegiado, mientras tenga entre mis manos la tuya y el sendero por recorrer esté delante, quizá valdrá la pena haber vivido”. —“Bésaseme de besos de su boca, que mejores tus querencias más que vino.” Y habitaron en toda suerte de poblados, pequeños y grandes; en los que se extendían por la ladera de algún monte sembrado de castaños; en los abrigados por un valle pródigo en cerezos, manzanos y almendros; en los obstinadamente encla-

vados en las montañas de forma que, al atardecer, en la penumbra indecisa, se confunden con la roca; en los que recibían peregrinos y andariegos de todos los rincones, astrólogos, adivinos y ungidores; en aquéllos donde confluían rutas de comercio y se levantaban monasterios, fortificaciones templarías y castillos señoriales; en otros más modestos pero no menos laboriosos, avecindándose siempre en barrios compactos de calles escalonadas o laberínticas y estrechas, de casas con saledizos y volados aleros, practicantes de todos los oficios, ávidos del saber y de las ciencias proscritas y legales, guardianes de dineros y de secretas artes; melancólicos y retraídos los más, astutos e industriosos —no importa que el solitario poeta les haya llamado “banda de avestruces necios y badulaques engréidos”—, transitaban sin descanso por los caminos —“los más remotos confines, como relámpagos veloces corrieron mis pies, de mar a mar me he movido un viaje enhebro con otro viaje y reposo no encuentro”, escribía el poeta granadino—, y un par de ellos, por lo menos, figuraba en cualquier feria, entre la muchedumbre o en algún centro de estudio y controversia: pueblo cual granos de arena en el orbe dispersos.

En el principio del mes de octubre de este año, un profesor de medicina de esta ciudad cuyo nombre era Gonsalvo Molina, fue declarado hereje y apóstata por sentencia de los grandes vicarios y del inquisidor de la fe, y su cadáver fue quemado públicamente en la plaza de Saint-Étienne, ya sea que murió después de la sentencia, o que muerto se haya continuado el proceso en el cadáver. Hubo una diferencia respecto a la ejecución entre el Juez Mayor de esta ciudad, por una parte, y los grandes vicarios y el inquisidor de la fe por otra, que fue llevada al Parlamento. El juez pretendía que el proceso hecho a ese hereje debió de haberle sido comunicado para saber cuál era su herejía...

Esther Seligson, Material de Lectura,
serie El Cuento Contemporáneo, núm. 62,
de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM.
La edición estuvo al cuidado de Sergio García y Teresa Solís.